

en el espacio de un año, á uno de sus clientes, hasta ochocientos purgantes ¡Este enfermo tenía humores! ¡Gran Dios, que corrupción! ¿No era como esos pantanos inagotables que la industria se esfuerza en vano en desecar? ¡El método purgante aplicado á sus intestinos, como la máquina de tornillo sin fin de Arquímedes, bebía en su receptáculo infinito, sin poderle agotar jamás!

No me atrevo á decir que ese pobre médico, tratándose el mismo por su sistema evacuante, terminó por adquirir una hidropesía abdominal, de la que sucumbió en medio de terribles sufrimientos.

Hay la persuasión general,— y con frecuencia hasta los médicos participan de este error,— que el desperdicio de los humores, no tiene mucha importancia, ó que á lo menos, no agota tanto como la pérdida de la sangre, por ejemplo.

En efecto, la pérdida de la sangre dá más rápidamente la muerte, pero la pérdida de los demás líquidos, no tarda mucho tiempo, en conducir al mismo resultado. Nada hay tan nocivo como las evacuaciones repetidas, dijo Sauvages, el sabio nosógrafo de Alais: «Nihil magis nocet, quam repetita evacuantia.» Ved lo que pasa en una fistula que perfora la mejilla. La saliva corre sin cesar, y el en-

fermo se agota. Ved los efectos de una diarrea rebelde, y resistente á toda medicina; el enfermo declina y se extingue.

Ahora bien lo que pasa patológicamente, puede muy bien pasar, á consecuencia de los purgantes artificiales imprudentes.

«Todavía no hemos hablado,» — dice el profesor Barbier, á quien ya he citado,— «de una fuente de influencia, que los purgantes ejercen en todo el cuerpo; es la que procede de los mismos líquidos que ellos le sustraen. Esos agentes debilitan las fuerzas de la vida, porque arrastan fuera del sistema animal, los principios que hubieran servido para la asimilación, los que hubieran producido una restauración de sus fuerzas; ellos le debilitan además porque disminuyen la masa sanguínea, y hacen bajar la acción impulsiva y estimulante que recibían todos los órganos. Los prácticos han considerado al purgante como á un medio propio para debilitar la energía vital, cuando es excesiva.»

Todavía algunas confesiones.

«Los vomitivos debilitan é irritan al estómago, los purgantes irritan á los intestinos, dice Chomel, y Tardieu, más explícito todavía, lleva más lejos la sabiduría del precepto. Se deben proscribir,

«dice, los purgantes drásticos que pueden determinar evacuaciones verdaderamente coleriformes, que no se es dueño de contener, y que á veces se han visto seguidas de la muerte.»

El profesor Alquié, hablando de las largas convalecencias, agrega, después de haber enumerado las causas:

«Ese restablecimiento de una salud vacilante es más larga y más difícil.... cuando el enfermo ha sufrido pérdidas de sangre, supuración abundante, diarrea rebelde, etc. Cuando el médico ha recurrido á sangrías repetidas, á evacuantes múltiples.... en fin á medicinas perturbadoras, ó en altas dosis.»

A propósito de convalecencia, no será inútil observar que después de una enfermedad, más ó menos larga, ó más ó menos grave, todo enfermo se cree obligado á tomarse un buen purgante. Todo médico se cree también obligado, en conciencia, á prescribirle, como hoja de camino indispensable para empeñarse en la vía de una perfecta salud. Queda aún un cabo de enfermedad que evacuar, «tamen ali- quid superest,» como dijo Guy-Patin.

Bajo la influencia de ese purgante, el convaleciente vuelve, en efecto, materias negras é infectas,

y viendo en ellas el residuo de su enfermedad, se felicita de su entera curación. ¡Y bien! suponiendo que esa purga llegara á procurar una debilidad extrema, y á fijar por mucho tiempo todavía su permanencia en una etapa de la convalecencia, sería muy difícil el hacérselo creer y persuadirlo; creo que sería más posible hacerle tomar otra purga que esta verdad.

Otro grave inconveniente de las purgas, es producir precisamente el efecto que se quería destruir ó evitar, por ejemplo, la constipación. Este pésimo resultado puede obtenerse de dos maneras; ó bien la demasiada y grande frecuencia de la excitación intestinal engendra un estado continuo de irritación, y entonces el residuo de la digestión, en vez de ser expulsado con facilidad y regularmente, se endurece, se «cuece,» como decían los antiguos, y estas materias son encadenadas en las últimas vías por la constipación más pertinaz.

O bien, la acción de las purgas ocasionando la pérdida inmoderada de las sustancias humorales, debilita la fibra muscular del intestino, que cae entonces en la atonía más desesperante, puede llegar hasta la parálisis, y ya no tiene poder de arrojar la escoria de la pasta alimenticia. Porque es preciso, para que ese residuo sea expulsa-



do, que el órgano intestinal se contraiga y lo empuje hasta el último límite del tubo digestivo. Hé aquí el mecanismo de la constipación, por inercia de los intestinos. Constipación que se ríe á menudo de todos los emolientes, disolventes y evacuantes posibles é imaginables.

Otro pésimo resultado del método purgante, consiste en la disposición que adquiere la túnica interna del canal digestivo á contraer varias enfermedades y sobre todo las enfermedades miasmáticas.

Y la cosa se explica fácilmente. Cualquier órgano está tanto mejor dispuesto á la absorción de los virus, miasmas, venenos y otras sustancias flúidicas semejantes, en cuanto que, tiene los poros más reblandecidos y dilatados. Ahora, bien la inflamación, trae el reblandecimiento de los tejidos, luego las purgas, irritando al intestino, lo ponen en la condición más favorable á toda clase de absorciones.

Sabéis además que, durante las epidemias, los débiles, los enfermos, los atacados de cualquiera alteración orgánica, son los primeros y los más fáciles víctimas del azote. Ved lo que pasa en tiempo del cólera, por ejemplo. Pues bien, las purgas excesivas ponen á las intestinos en todas esas condiciones fatales, por lo que preparan

también y favorecen todas las ocasiones de contraer esas enfermedades.

Ya os he dicho, en nuestra última conferencia que la enfermedad es un combate entre ella y el enfermo, y que se sangraba á este, en el momento preciso en que tenía más necesidad de sus fuerzas. ¿Ahora, bien, al demostraros el debilitamiento y la inercia ocasionados por las purgas no tendré el derecho de dirigir el propio argumento en contra de ellas?

También os he dicho que la sangría en los tísicos, en los niños y en los ancianos era un medio homicida. Si no voy tan lejos respecto al abuso de los purgantes, es porque no me atrevo, pero no por falta de convicción. Las mismas causas, en idénticas condiciones, producen los mismos efectos; no haré más que repetirme, si doy desarrollo á este principio incontestable.

¿He dicho lo bastante para hacer os comprender la inutilidad, lo absurdo y lo peligroso del método purgante?

Examinemos ahora nuestro asunto bajo su verdadera luz, es decir, bajo el punto de vista de la terapéutica.

¿Cuáles pueden ser vuestras intenciones al administrar cualquier purgante?

¿Acaso, es el expeler las sabu-

rras, los restos de las falsas digestiones, los residuos del bolo alimenticio, en una palabra, á las "materias pecantes?"

Ya hemos examinado esta cuestión. No volveré á ella, sin embargo, he olvidado citaros un testimonio de vuestros maestros, á quienes estáis obligados á tener en gran veneración.

«Y desde luego, dicen Trouseau y Pidoux, ¿como es posible «imaginar que los humores contenidos en el estómago, que todos «son mezclables á los alimentos, «solubles en el agua, coagulables «por ciertas bebidas, liquidables «por otros, no sean, cada día, en «cada comida, arrastrados con los «alimentos, de la misma manera «que aquellos que cubren la lengua, son mezclados al bolo alimenticio, durante el acto de la «masticación, á tal grado, que nunca la lengua está saburral inmediatamente después de una comida copiosa? La idea de las saburras persistentes es pues «absurda «fisiológicamente hablando;» y si en el intervalo de las comidas, la membrana mucosa gástrica secreta algunos jugos viciosos, una buena «comida, sería el mejor remedio.»

Entonces ya véis, que tomando la cosa en serio, una buena comida es preferible al mejor purgante, y que todos los boticarios del mun-

do, no valen juntos, lo que un buen cocinero.

¿Cuál puede ser aún vuestra intención?

¿Acaso es el «abrir» las vías digestivas, despertar el apetito adormecido, producir un efecto «aperitivo,» como dice el viejo lenguaje?

¿Acaso queréis «ejercer la Homeopatía,» queriendo obtener una purga aperitiva?..... Sí, porque el mejor medio de ensuciar los humores de un hombre sano, y de ahogar su apetito en ese cenagal, sería el purgarle. El enfermo tiene repugnancia á los alimentos, váis á limpiarle y pulirle su estómago, purgándole. ¡Lo creéis y obráis de buena fé! ¡Los semejantes, se curan por los semejantes; en efecto, esto es lógico, aún no conocía yo esta aplicación del principio hahnemanniano!.....

Es posible que, este medio sea excelente, pero prefiero aquel que Rabelais preparaba con gran solitud, para su señor, el cardenal de Bellag. Habiendo ordenado los médicos á ese cardenal un cocimiento aperitivo, Rabelais hizo hervir agua en una caldera, en donde introdujo un manojo de llaves, y se daba mucha prisa en removerlas como si tratara de cocerlas. Los doctores, al ver este aparato, y tratando de inquirir su significado les dijo: «Señores, cumplo vuestra or-



den, porque nada hay tan aperitivo como las llaves.»

Un polifarmaco podría todavía agregar, á la caldera de Rabelais, las raíces de apio, de hinojo, de perejil, de espárragos, de acedillo, de culantrillo, de cardo, de gatuña y de fresa; y un poco de escorzonera, de diente de león, de achicoria y otras plantas de la misma familia.... Creo que el efecto sería un poco más seguro.

¿Cuál puede ser todavía vuestra intención?

¿Acaso es la de «purificar» los humores? ¿La de conservarlos y restablecerlos en la más perfecta limpieza fisiológica?

Pero para esto sería preciso probar que, esos líquidos están perturbados en su masa; sería preciso saber y poder reconocer la causa y el grado de esa perturbación lo que es imposible.

Esto me recuerda una encantadora broma del burlesco Bordeu, dirigida contra los partidarios de Sylvius y Boerhaave. «Un médico mecánico, dice, se acercó á tres jóvenes sin saludarlos, y después de haberlos considerado atentamente, dijo á uno de ellos: «tenéis lo acre envuelto en lo viscoso;» á otro, «vuestra sangre vaga en los vasos capilares;»—y al tercero: «vuestrós glóbulos sanguíneos ruel-

dan lánguidamente y ahogados en mucha serosidad.»

Para descubrir pues, las impurezas de los humores, sería preciso estar dotado de la perspicacia y de la segunda vista de ese médico; pero, puesto que por el contrario, estáis ciegos, haríais mejor en dirigirlos á los depurativos, es decir, á los amargos, á los diuréticos, á los diaforéticos, ó bien al jarabe de Portal, á los bizcochos de Ollivier, á las cápsulas de aceite de hígado de bacalao, ó mejor todavía—iba á olvidarlo—al Rob de Laffeteur; este al menos, es la verdadera «piscina probática de Jerusalem.»

¿Cuál puede ser todavía vuestra intención?

¿Es el practicar un acto puramente terapéutico, es decir, ó detener un movimiento humoral fluxionario, ó combatir una enfermedad humoral general, ó contrabalancear á otra enfermedad, con el contrapeso de una atracción derivativa?

Henos, pues, en lo vivo de la discusión.

Pero, antes de entrar en ella, pongamos algunas cuestiones preliminares.

Admitiendo que haya indicaciones, precisas para el empleo de los evacuantes, ¿hay muchas variedades ya entre esas indicacio-

nes, ya entre las enfermedades que reclaman esos evacuantes?

Evidentemente que sí, puesto que estas pueden tener causas y manifestaciones diferentes.

—En la clasificación de los evacuantes; ¿hay para todas esas variedades? ¿Y se puede adoptar á cada caso particular, una fórmula correspondiente?

—Evidentemente que no, puesto que su número muy limitado, es muy inferior al de las enfermedades que pudieran reclamarlos, y que por otra parte, nunca han sido sometidos á la experimentación pura. Y entonces, por la consecuencia más rigurosa, su administración cae en manos del más ciego empirismo. ¿Cuál es el médico en efecto, que en un caso dado, pudiera explicaros por qué prefiere tal purgante á los demás? Sabe que el que elige purgará, y esto es todo lo que él quiere.

Suponiendo todavía,—seamos complacientes hasta el fin—suponiendo con Huffeland, que los evacuantes—y él habla de los vomitivos—tengamos clases de efectos, unos locales y otros generales, ¿se puede producir los primeros sin producir los segundos? En términos más explícitos, ¿está en el poder del práctico, obtener tal ó cual efecto, y no producir más que éste, en virtud de una fácil elección? Por

ejemplo, dad un vomitivo, obtendréis la salida de todas las materias aprisionadas en el estómago; ¿pero estáis seguros que la bilis, solicitada por vuestro llamamiento, no forzará la consigna del píloro, y no seguirá, en el tumulto, á sus compañeros cautivos? ¿Estáis seguros aún, que todos los demás humores permanecerán en calma y tranquilos? ¿Estáis seguros, que el sistema nervioso no experimentará ninguna oscilación, durante la sacudida de todo el organismo? Y, puesto que Huffeland compara la acción de los vomitivos á las «explosiones volcánicas,» ¿estáis seguros del número de los restos, de su dirección y del límite de sus rechazos, y sobre todo, de la convulsión comunicada á todos los terrenos ambientes?

Puesto que me he dejado llevar á esta digresión, os voy á citar algunas líneas de Trousseau y Pidoux vuestros [maestros, que os harán comprender mejor que yo, el peligro de los vomitivos. «Este agente terapéutico, dicen, hablando de del antimonio, determina frecuentemente una violenta inflamación de la membrana mucosa gastro-intestinal, una peritonitis. Los esfuerzos de la basca pueden dar lugar á una ruptura del estómago, á una desgarradura del diafragma, á hernias, á hemorragias,



«al aborto. Pero de todos los accidentes, el más grave, es la coagulación de la sangre en los vasos arteriales, á consecuencia de un síncope muy prolongado, ó de un colápsus muy considerable. Cualesquiera prudencia que se haya puesto en la administración de los antimoniales, puede suceder que, en ciertos enfermos, graves desórdenes de las funciones digestivas necesiten de pronto socorro... El contacto del antimonio determina, en la membrana mucosa intestinal, inflamaciones locales análogas á aquellas que se ven sobrevenir en la piel, cuando se hace uso de friegas ó lociones estibadas: numerosas autopsias han demostrado este hecho.»

De cien médicos que lean estas líneas y las mediten con conciencia, muchos quizá, administrarían un vomitivo á un cliente, pero ninguno, estoy seguro, se atrevería á tomarlo, en el mismo caso de enfermedad.

Podría citaros, á este respecto; otras muchas aseveraciones, debidas á eminencias alopáticas, pero estoy obligado á limitarme y á omitirlas.

Continúo por un instante mi digresión, y digo:

Comprendo que, como medio mecánico, se empleen los vomitivos, ya para desechar los venenos, los cuerpos extraños, etc. Pero es-

to no es “ejercer la medicina;” esta es la “parte mecánica del arte,” ya lo he dicho, y quisiera repetirlo mil veces, á fin de separar lo muerto de lo vivo, y, fijar los límites del arte y de la ciencia, en sus verdaderos atributos.

Esas maniobras se practican todos los días. Se ha avanzado aún más. puesto que se ha llegado á la gastrotomía, es decir que, para extraer ciertos cuerpos extraños, se ve uno obligado á hacer una incisión al estómago. De esta manera, Daniel Schwaben, abrió este órgano para sacar un cuchillo, que un campesino prusiano se había tragado. Cavroche hizo la misma operación á una mujer que se había tragado un tenedor de plata, y el diario de medicina francesa y extranjera refiere un hecho semejante, á propósito de un pincel de hilas, empleado para toques de una úlcera de la faringe, y tragado por descuido.

Los relatores de éstas observaciones han olvidado decir, si las operaciones habían tenido éxito.

Que los vomitivos se empleen pues, para obtener semejantes resultados, se hace y se debe hacer. Pero que se pretenda tratar de esta manera á una enfermedad vital, ¡pura ilusión!

Por lo demás, ya á mediados del siglo último, Cullen, Tissot,

Stoll y sus discípulos, ahogando las viejas ideas del humorismo y del solidismo, comenzaron á no ver en los vomitivos sino efectos dinámicos. Pero dedichadamente cayeron en el abuso de una falsa interpretación, y su manía de tratar todas las enfermedades con vomitivos, dió nacimiento al gastricismo. No había llegado aun el tiempo, en el que el verdadero dinamismo medicinal, estallaría en toda su fuerza, y en su espera, el metedo evacuante imperó, hasta ese día, en la terapéutica. Volvamos sobre nuestros pasos, y veamos su cuenta con las enfermedades.

Examinemos primero, los movimientos fluxionarios de los humores. El que puede tomarse por tipo, es la diarrea y entre las diferentes especies de diarreas, una la más frecuentes, es la diarrea atónica.

¿Cómo la combatis?

¿Con un purgante? Esto os pasa algunas veces, y entonces sois á la vez humorista puro, segun el lenguaje de la escuela, y homeópata puro, segun el sentido etimológico de la palabra.

¿Dáis un vomitivo para producir un movimiento peristáltico de los intestinos? Entonces sois discípulos de Boerhaave, y no hacéis sino mecánica pura.

Pero hasta aquí no habéis combatido si no los efectos, ¿qué hacéis

pues, con la causa, y porqué olvidáis al principio vital?

Para dirigiros directamente á éste, daréis quina ú otros tónicos. En este caso, practicáis la homeopatía pura, probablemente y sin daros cuenta, porque ignoráis que la quina produce precisamente la diarrea que queréis combatir. Pero, si no obstante, obtenéis la curación. ¿á qué principio terapéutico podríais referirla? ¡Nombradme otro; fuera del de los semejantes!

Supongamos otra pérdida de humores, de la saliva, si queréis; éste líquido secretado en gran abundancia por las glándulas salivares, inunda y quema la barba. ¿Cual es la causa de este flujo? poco os importa. Ordenáis cualquier gargarismo astringente, y estáis satisfechos. ¿Os atreveríais quizá á ordenar algún purgante? y ¿conforme á qué principio?... Un célebre práctico de nuestros días, hace mejor que esto, se divierte en hacer arrancar los dientes de sus enfermos, ¿con qué objeto? Lo ignoro, y él también probablemente, ¿pero que importa?

Supongamos todavía una afluencia de bilis al estómago. Aquí éste órgano será la parte recipiente, pero la parte mandante, la causa que hace que el líquido del hígado franquee el píloro y se desvíe de su curso ordinario, ¿cuál es esta



causa? y si la conocéis, ¿cómo la atacáis?

—Con una purga ó con un vomitivo.

—Pero, mientras que la causa persista, el efecto persistirá también, esto es evidente; ahora, esta causa, os desafió á extinguirla con cualquier evacuante.

He aquí, aun algunas líneas de Trausseau y Pidoux, que son abrirán la vía á nuevas consideraciones.

«Si queremos juzgar de la acción mecánica, dicen, veamos lo que puede el raspa-lengua para modificar el estado saburral. Este instrumento de tocador, quita sin duda la capa mucosa y fétida, que reviste á la lengua por la mañana, en el momento de despertar; hará facilmente desaparecer la capa saburral, pero será preciso, volver á comenzar algunas horas después, y sin cesar se reproducirá la secreción morbosa, hasta el momento, en el que una medicación apropiada, haya cambiado el estado orgánico del tejido.»

Ya lo hemos visto en nuestra última conferencia, á propósito de la sangre, y son los príncipes alópatas quienes lo han dicho, aun cuando no exista sino una sola gota de sangre, ella fluirá al lugar irritado.

Sucede lo mismo con los mo-

vimientos fluxionarios de todos los líquidos bajo un impulso vital.

Quiero pues, que un vomitivo, por ejemplo, desembarace al estómago de los torrentes de bilis que han venido anormalmente á llenarle, ¿por esto se habrá segado el manantial? Voy más lejos. Supongo que con una cucharada habéis recogido esta bilis, á medida que llega, y limpiado así toda la pared mucosa del estómago, ¿y qué habéis hecho? Absolutamente nada, porque, lo véis, el liquido corre siempre, y sois testigo del mismo fenómeno de la inundación del náyio, de la que ya se trató, con motivo de la sangría derivativa.

¡Quien hubiera creído que ésta suposición, sería algun día una realidad!

Me explico, tomad el asunto en serio, si podéis.

Se inventó por 1823, una bomba del estómago (stomach-pump), á efecto de extraer de este órgano, ciertos líquidos venenosos. Un diario americano se preocupa mucho por saber, si esta invención debe ser atribuida á M. Yukes, ó al doctor Physick; poco nos importa á quien debe corresponder la patente sin garantía del gobierno; pero nos importa también saber, si esta bomba era aspirante ó impelente; lo cierto es que ella ha sido puesta en uso y en experiencia

por varios prácticos, tales como: Ferral para extraer el laúdano liquido; Evans, Brice, Pulney, Moore Lee y otros, con fines semejantes.

Esta idea no es nueva, porque en 1711, ya se habia inventado el pincel ó escoba del estómago. Es preciso confesar que ese procedimiento del barrido del estómago, es muy ingenioso; fué examinado por Bartholin, Boetius, Wewel, Wolf, Muller y otros; verdaderamente es de sentirse que el exófago se haya conducido á este respecto, como un académico incrédulo y caprichudo, y le haya rehusado el pase por su absurda constricción.

Cualquier hábil industrial hubiera tenido, en efecto, muchos abonados para el barrido del estómago, y habria llegado á una rápida fortuna por medio de esta rica explotación.

Queremos ser más complacientes; queremos dejar pasar el pincel y la bomba para poner en seco á la cavidad del estómago, y hasta convertir este órgano en pozo artesiano; á medida que saquéis más bilis, ella abundará más; este efecto está conforme con todas las leyes de la fisiología y de la patología. Esta maniobra lastima al buen sentido terapéutico, y sin embar-

go, el método evacuante no hace otra cosa.

¿Pero, cómo trata él á las enfermedades humorales?

No olvidéis que todas enfermedades, aun éstas tienen su origen en el principio vital, y recordad sobre todo, la cita del profesor Alquié, hecha al principio de esta conferencia.

El tipo de las enfermedades humorales es ciertamente la fiebre tifoidea, llamada por los antiguos fiebre pútrida.

¿Será preciso comenzar el tratamiento de esta afección por los purgantes «repetidos»? La Escuela de París dice que sí, y la Escuela de Montpellier dice que no. ¿Pero qué importa, al fin, que la una purgue al principio, y la otra en el curso de la enfermedad? Lo que es positivo, es que ambas purgan; ved por qué nunca podré comprender como la doctrina de Montpellier, con su doctrina y sus leyes vitales, se empeña siempre en la vía del organicismo, cuando se trata de terapéutica. Estar á medias en la verdad y á medias en el error, es estar en el error; ser lógico con el error, es ser lógico, si es permitido unir semejantes paradojas.

¿Tratariais por los evacuantes al escorbuto, á las escrófulas, y otras enfermedades generales dependientes, si lo queréis, de un vi-



cio de los humores? ¿Trataríais también á las enfermedades hereditarias?

No quiero dar ningún desarrollo á estas cuestiones. La solución se deduce de todos los principios planteados y explicados, y que probablemente he repetido varias veces.

¿Cuál puede ser, en fin, vuestra intención al emplear el método purgante?

¿Acaso es el de desalojar á una enfermedad por derivación? ¿hundirla con purgas y más purgas?

Para examinar y resolver esta última cuestión, me sería preciso repetir toda nuestra discusión sobre la revulsión en general, y en particular sobre la sangría. Por tanto, me contentaré con enviar á las personas ávidas de detalles y de citas, á las obras de Rabelais, Montaigne y Guy-Patin.

En vano recogeréis todas las pruebas posibles en pro del efecto derivativo de los evacuantes, yo os responderé:

Diariamente recibo en mi consultorio enfermos que vienen á decirme:

—Ved, señor, tengo enfermos los ojos desde hace mucho tiempo.

—¿Y qué os han hecho?

—Me han purgado.

—¿Y esto que os ha producido?

—Nada, señor.

Un hidrópico:

—Sufro hace veinte años.

—¿Qué os han hecho?

—Me han purgado no sé cuántas veces.

—¿Y esto que os ha producido?

—Nada, señor.

Un asmático:

—Estoy sofocado, mi pecho silba, y no puedo andar porque me falta el aire.

—¿Y qué os han hecho?

—De tiempo en tiempo me aplican vomitivos.

—¿Y esto de qué os ha servido?

—De nada, señor.

Si el desalojamiento de las enfermedades, por la purga, fuese cosa posible y fácil, la medicina sería entonces un arte, en el sentido gramatical de la expresión, y el tratamiento de las enfermedades, sería un tren de recreo. Si se pudiera por medio de un buen purgante sacudir y desalojar á una enfermedad, como un ejecutor lleva á un inquilino recalcitrante el citatorio advirtiéndole la desocupación de la casa, con todo su mobiliario, ninguna posición social valdría tanto como la de Purgon y Diaforius, y la industria más agradable sería la de revestir la túnica de Toinette, de hacer hábilmente su papel (en le «Malade Imaginai-

re, de Molière,) y en gritar en la plaza pública:

“Yo soy médico pasajero, que va de ciudad en ciudad, de provincia en provincia, de reino en reino, para buscar ilustres materias á mi capacidad, para hallar enfermos, dignos de ocuparme, capaces de probar los grandes y bellos secretos, que he encontrado en la medicina. Yo desdeño el divertirme con ese pequeño farrago de enfermedades ordinarias, con esas bagatelas de catarros y fluxiones, con esas fiebre-cillas, con esos vapores y con esas jaquecas.

“Yo quiero enfermedades de importancia, buenas fiebres continuas, ataques cerebrales, fiebres purpúreas, buenas pestes, hidropesías formadas, pleuresías con inflamaciones del pulmón; esto es lo que me agrada; en todo eso es donde triunfo; y yo quisiera, señor, que tuviérais todas las enfermedades que acabo de decir, que estuviéseis abordado de todos los médicos, desesperado, en la agonia para mostraros la excelencia de mis remedios, y el deseo que tengo de servirlos.”